

rra; aquel será el *momento bueno* para ustedes (1).» Aquel *momento bueno* para Víctor Manuel parecía haber llegado; y bien se vió en la evolución de Bismarck, quien, desde aquel instante, necesitaba tanto á Italia como ésta le necesitaba á él. El enviado del rey Guillermo, señor de Usedom, que en un principio se había mostrado muy reservado, menudeó sus visitas al ministerio de Negocios extranjeros, prolongó intencionadamente sus visitas, dió á sus palabras un tono más franco que de costumbre y habló del rompimiento con Austria como de cosa posible y hasta verosímil; y muy pronto, espontaneándose por completo, abordó de nuevo al general La Marmora, y mostrándole los telegramas de Bismarck, le preguntó cuál sería la actitud de su país en el caso probable de un conflicto entre Berlín y Viena. Las prolongadas frialdades de Prusia habían despertado toda clase de desconfianzas en Italia; así es que La Marmora, al escuchar aquella declaración que nadie se atrevía ya á esperar, contuvo los latidos de su corazón y con acento que se esforzó por hacer indiferente dijo al diplomático prusiano: «Hacednos una proposición seria y formal y la examinaremos.» El Sr. de Usedom volvió á la carga y en una segunda entrevista llegó á declarar que su gobierno estaba decidido á la guerra. El general disimuló nuevamente su alegría y su emoción, y para provocar otras confidencias y excitar el amor propio prusiano, fingió cierta incredulidad: «Nadie toma en serio, dijo, las medidas que Prusia adopta contra el Austria, y menos que nadie el Austria misma, como lo prueba el hecho de que actualmente procede al desarme.» Después declaró que no podía contraer compromiso alguno sin consultar antes con Napoleón, y en tono interrogativo añadió: «Sin duda Prusia considerará también prudente sondear las intenciones de Francia.» El mismo día, en un despacho memorable que lleva la fecha de 4 de agosto de 1865, La Marmora transmitió á París todo lo que acababa de averiguar. Fuese cual fuere la reserva calculada del ministro, la alianza estaba próxima, si bien antes de ser un hecho había de pasar aún por muchas peripecias.

III

Bismarck, ganoso de empresas atrevidas, tenía más interés en asegurarse de Francia que en atraerse á Italia. Oportuno nos parece examinar qué clase de relaciones habían mediado, desde los comienzos del imperio, entre la corte de las Tullerías y el gabinete de Berlín.

Napoleón, por virtud de las tendencias generales de su espíritu, sentíase más inclinado á favorecer que á odiar á Prusia; no odiaba á ninguno de sus vecinos y en más ó menos grado sirvió á todos los pueblos menos al suyo. La única potencia que le inspiraba preocupaciones bastante graves era Austria, de la que le hacían desconfiar el recuerdo del Congreso de Viena que había desposeído á su familia, la levadura revolucionaria que en él dormitaba secretamente, y la influencia de los emigrados italianos que le habían rodeado en su juventud. De la antipatía contra el Austria á la simpatía hacia Prusia no había más que un paso, y fácil de salvar. Una escuela política que todavía gozaba de cierta con-

sideración á mediados del siglo XIX, proclamaba que el verdadero peligro para el equilibrio europeo estaba en Viena, y que Prusia, en cambio, no era más que un Estado secundario, admitido por pura cortesía entre las grandes monarquías y al que sin imprudencia se podía patrocinar y engrandecer. Napoleón había confiadamente aceptado esta doctrina sin advertir que aquella máxima, antiguamente recomendable por su sabiduría, se perpetuaba merced sólo á la rutina, á la ignorancia ó á la preocupación. Prusia era una potencia innovadora, amiga del progreso; y esta era una razón más para que agradara al emperador, el cual tenía á gala, entre otras cosas, no temer á las ideas progresivas. Finalmente, Napoleón encontraba increíble encanto en acariciar el plan de una Europa ideal, no sólo distribuida según las aspiraciones nacionales, sino además armoniosa á la vista y que contemplada en el mapa tuviera un aspecto simétrico; y en sus largas meditaciones solitarias recreábase variando, regularizando y rectificando fronteras, sumiéndose en este placer de teórico hasta el punto de olvidar por completo en cuál pueblo reinaba. Entre todos los territorios, dos principalmente le habían parecido necesitados de reorganización, Italia, que estaba demasiado dividida, y Prusia, que estaba mal conformada; de aquí la idea de simplificar á la una y de redondear á la otra. Y no es que quisiera una sola monarquía en Alemania y otra en la península italiana; lo que soñaba era que en cada uno de aquellos países hubiera dos ó tres Estados bien aglomerados, dispuestos conforme á los mejores datos de la etnografía y de la geometría, en una palabra, hechos á propósito para el bienestar de los pueblos al par que para recreo de los ojos.

Penetrado de estas máximas, Napoleón las había adoptado como regla de conducta desde que subiera al poder. Poco después de su advenimiento á la presidencia había enviado al Sr. de Persigny á Berlín con encargo de transmitir á aquella corte el testimonio de su amistad; y en 1850, en la época de las desavenencias entre Prusia y Austria, la Asamblea legislativa habíase inclinado hacia Viena, en tanto que el príncipe se mostraba favorable á Berlín. Restablecido el imperio, Federico Guillermo había expresado en sus cartas, en términos violentos, sus terrores y su despecho, y Napoleón no sospechó ó no quiso oír aquellos excesos de lenguaje. Durante la guerra de Crimea, Prusia había demostrado visiblemente sus simpatías por Rusia; Francia, sin embargo, se vengó multiplicando sus buenos procedimientos. En 1856, cuando iba á inaugurarse el Congreso de París, la opinión general de las potencias era que el gobierno de Berlín no estuviera representado en él; pero el emperador protestó contra la exclusión, venció todos los obstáculos y puede decirse que casi llevó de la mano hasta la mesa de las conferencias al plenipotenciario de Prusia, Sr. de Manteuffel. Napoleón siempre generoso, no era hombre que contara sus servicios, así es que cuando al año siguiente surgió el conflicto entre Federico Guillermo IV y Suiza por cuestión del principado de Neuchatel, intervino en el asunto, constituyéndose en mediador y con sus buenos oficios apaciguó aquella contienda que en un principio parecía fecunda en disgustos.

Después de la guerra de Italia, los gobiernos alemanes desconfiaron de las ambiciones de Napoleón;

(1) Pasolini, *Memorie raccolte da suo figlio*, pág. 412.

pero éste, deseoso de disipar todas las sombras, fué en junio de 1860 á Baden, en donde había reunidos gran número de príncipes germánicos, y entre ellos el príncipe Guillermo, que entonces no era más que regente. Esta entrevista con un Bonaparte escandalizó ó poco menos á los viejos prusianos que se acordaban de Jena y que fingieron creer en una refinada superchería de parte del emperador; pero, á pesar de estas desconfianzas, el príncipe y el monarca estuvieron muy por encima de tales sospechas y sin segunda intención aparente se dieron recíprocos testimonios de su buen acuerdo y hasta de su amistad, revistiendo desde entonces las relaciones entre ambas cortes un carácter afable. Durante el otoño de 1861 Guillermo, que en el entretanto había subido al trono, estuvo en Compiègne; esta visita, aunque muy corta, es célebre en los fastos de la corte imperial. Nadie brillaba como el nuevo rey de Prusia por sus condiciones físicas que conquistan el ascendiente y por sus cualidades amables que atraen las simpatías: admiróse su arrogante figura; su amabilidad sedujo á todo el mundo, y su amenidad á todos encantó; los hombres no se cansaban de alabar la sencillez de su trato, y en cuanto á las mujeres, Guillermo las trató con solicitud caballeresca y con algo de galantería que no disgustaba. La simpatía fué recíproca, y en lo sucesivo el monarca prusiano no dejó de expresar á ninguno de los franceses á quienes recibía en Berlín los excelentes recuerdos que de Compiègne conservaba. Aquella época fué la de más frecuentes relaciones entre ambos pueblos: cada verano, franceses y alemanes se encontraban en Baden, y nuestros compatriotas, prolongando su viaje, llegaban hasta las orillas del Neckar, del Mein ó más allá, ensalzando todo lo de nuestros vecinos. Sólo una cosa encontraban censurable en Alemania, la falta de cohesión; y puestos los ojos en el mapa, se burlaban de aquella desagradable taracea de pequeños Estados que contrastaba con las majestuosas unidades del resto de Europa. «No nos inspira temor un reino de veintiséis millones de italianos; tampoco nos lo causarían treinta y dos millones de alemanes en la frontera oriental,» decía Edmundo About (1); y de los periódicos y de los libros de aquel tiempo podríamos tomar innumerables citas como esta.

Todos los años, sin embargo, en el período de las maniobras del campo de Chalóns, venían, para seguir las evoluciones de nuestro ejército, algunos oficiales prusianos que se mostraban muy estudiosos y preparaban los elementos de voluminosas memorias. Esta observación atenta, lejos de ofuscar, parecía un homenaje y la gente pensaba que si aquellos militares consignaban en sus trabajos muchos recuerdos era porque encontraban mucho que admirar. Estas misiones no se limitaban á Francia: uno de los generales más valientes del segundo imperio, el general Du Barail, refiere que hasta en Méjico vió mezclados en nuestras columnas á oficiales procedentes de Berlín que seguían nuestras operaciones; y añade que eran laboriosos, instruidos, apasionados por las cosas militares, y que en cuanto á su educación, habría sido perfecta si de vez en cuando no hubiera salido de sus labios alguna chuscada enorme, escandalosa. Dijérase que en ciertas ocasiones, en lenguaje entre

(1) Véase *Prusse en 1860*.

serio y burlón y con una especie de seguridad inquietante, predecían una guerra con Francia, afirmando que saldrían vencedores, que atravesarían el Rin y que se establecerían en la orilla izquierda del río que por derecho histórico les pertenecía. La burla parecía demasiado fuerte, demasiado pesada y de un gusto sobradamente tudesco; pero dejaba de ser ofensiva por su mismo exceso de bufonería. Después de un silencio embarazoso, la broma (ya que otra cosa no podía ser) terminaba con una carcajada general y no tardaba en realizarse la reconciliación en medio de las llamas del ponche que durante la noche se encendía en el campamento.

Bismarck, que prestaba gran atención á las cosas de la política, había observado desde los comienzos de su carrera todas las señales que indicaban las disposiciones de Francia respecto de su país, para lo cual habíale servido mucho su cargo de representante de Prusia en la Dieta, que desempeñó largo tiempo, y la circunstancia de ser Francfort, en donde aquélla residía, punto de paso y uno de los mejores puestos de observación que pudieran imaginarse. Desde aquella época, y con la reserva que su situación, todavía modesta, le imponía, el hombre de Estado prusiano se había atrevido á aconsejar la intimidad con la corte de las Tullerías, consejo inspirado, á la verdad, en una refinada astucia, ya que, según él, era este el mejor modo de dar á entender á las demás potencias que se podría prescindir de ellas en caso necesario. Siendo ministro plenipotenciario en París, pudo estudiar, durante el corto período de su embajada, así el teatro en donde un día representaría tan gran papel, como los actores cuyos hilos manejaría. Cuando, en septiembre de 1862, el embajador prusiano fué nombrado primer ministro, *El Monitor*, recordando su permanencia en Francia, le otorgó patente de sabio y de apto, pero en tono algo desdenoso, como si se tratara de un inferior que ha sabido agradar. Dos años después, en 1864, Bismarck, cuya personalidad adquiría cada día mayor relieve, estuvo de nuevo en París, vió aquí á mucha gente, habló mucho, según acostumbraba y, según su costumbre también, mezcló en desconcertadora confusión toda clase de cosas, graciosas y atrevidas. En medio del intencionado desorden de sus discursos, fácil habría sido ver un deseo refinadísimo de gustar; formuló pensamientos audaces, pero de todos los atrevimientos sólo escogió los que podían ser oportunos, burlándose, por ejemplo, de los Estados y lamentándose de la mala configuración de Prusia, que era precisamente lo mismo que se decía en las Tullerías. En una palabra, lanzó ideas por sí cuajaban, confundió en artificiosa mezcolanza sus ambiciones con las de los demás, y habló mucho, según se asegura, de Bélgica, de aquel antro de demagogos. Uno de sus mayores éxitos lo alcanzó burlándose del Parlamento de su país, de aquella *Cámara de Señores*, compuesta de respetables *pelucas*, y de aquella Cámara de Diputados compuesta de *pelucas* también, pero no respetables. ¿Podían los que habían realizado el golpe de Estado contemplar sin curiosidad mezclada de envidia á aquel hombre decididamente más fuerte que ellos que desde hacía algunos años y con pacífica insolencia formaba por sí mismo su presupuesto? Bismarck habría sido considerado en todas partes como un hombre divertido, y, para ser alemán, lo era en extremo. Hizo un primer via-

je á Biarritz, como si quisiera reconocer los lugares adonde había de volver, y recibió consejos que, lejos de rechazar, pareció pedir. Ya durante su embajada en París había encantado á los ministros de Napoleón por el interés y la docilidad con que les consultaba.

Todas estas muestras recíprocas de cortesía, todos estos testimonios de buena voluntad eran cosas insignificantes; y Bismarck, que en el momento en que iban á desarrollarse sus grandes ambiciones necesitaba garantías más positivas, se espontaneó más. En la cuestión de los ducados de la corte de las Tullerías se había limitado á formular sus votos en favor de los sleswiguenses del Norte, después guardó silencio sobre los otros extremos del conflicto. Tratándose de un protector de Dinamarca, la buena voluntad no era gran cosa, y Guillermo se mostró en diversas ocasiones muy satisfecho; y Bismarck, durante sus veraneos en Kissingen y en Carlsbad, exagerando el lenguaje de su soberano, habló públicamente de su gratitud y lo hizo de manera que sus palabras fuesen transmitidas á París. Entonces fué cuando, en sus entrevistas privadas, comenzó su papel de tentador, tentador cuyo arte supremo había de consistir en mostrar toda clase de objetos apetitosos, en acercarlos ó retirarlos sucesivamente, es decir, en mantener constantemente despiertas las ambiciones de tal modo que los ojos, abstraídos por completo en el espejismo de la ganancia, no vieran otra cosa que la perspectiva, siempre fugaz, de provechos engañosos. De aquí una variedad infinita de complicados manejos, de tratos más ó menos importantes, de escenas hábiles que vienen á ser lo que la comedia antes del drama.

Una de las primeras escenas de estas, quizás la primera, se representó no lejos de Viena en 25 de agosto de 1864, en la residencia de verano del conde de Rechberg, todavía ministro en aquel entonces. Una noche, después de una comida á la que habían asistido algunos diplomáticos, Bismarck llamó aparte al duque de Gramont y, llevándole lejos de donde estaban los invitados, comenzó por hablarle de nuestro país en términos muy entusiastas: «Al regresar de Francia, dijo, comprendí por primera vez que se podía ser amante del progreso sin ser revolucionario.» Aludiendo á las entrevistas que los tres soberanos del Norte habían celebrado últimamente en Kissingen y en Carlsbad, convino de buena fe en que estas conferencias habían podido despertar en París cierta desconfianza, pero apresuróse á añadir: «Podéis estar seguro de que de las conversaciones de los príncipes no ha resultado ningún acuerdo clandestino, ningún tratado secreto.» «Mi soberano y yo, siguió diciendo en tono cada vez más amistoso, habríamos querido invitar al emperador Napoleón y á los monarcas de Austria y Rusia á que se reunieran en el castillo de Stolzenfels. El rey vacilaba, pretextando que no disponía de tropas, á lo que yo repliqué que nuestros huéspedes tenían tropas suficientes en su casa para pasarse sin ellas en la nuestra. Pero antes de congregarse á los tres emperadores, siguió diciendo Bismarck con un principio de perfidia, era preciso sondearlos; pues bien, Alejandro, cediendo á las instancias de Gortschakoff, negóse á ello á causa del recuerdo reciente de las cuestiones de Polonia.» Después de esto, el hombre de Estado prusiano habló muy mal de Gortschakoff, que acusaba á Francia de ingratitud, y también de Alejan-

dro, que sólo veía por los ojos de su ministro; y para dar mayor fuerza á su ataque, se dedicó á demostrar que si Rusia había reconocido el reino de Italia no había sido, como se creyó, para complacer á la corte de las Tullerías, sino solamente para chasquear al Austria. Y cuando de esta suerte hubo enconado la reciente herida polaca é impedido toda reconciliación que habría sido mortal para sus designios, pasó á ocuparse de Inglaterra: «He declarado á Gortschakoff, dijo, que no había por qué alarmarse de la aproximación entre Francia é Inglaterra, y que esta aproximación sería pasajera porque Inglaterra es una aliada infiel dispuesta siempre á desertar hasta de una acción común, si la parte de beneficios y de gloria no correspondía á sus esperanzas.» «No, siguió diciendo el primer ministro, fingiendo que relataba una conversación con Gortschakoff; no, nosotros no tememos la alianza anglo-francesa, porque entre los eslabones de esta cadena habrá siempre intervalos en donde podrán encontrar sitio *otros vínculos*.» ¿Cuáles serían estos *otros vínculos*? En verdad que no era difícil adivinarlo: al abrir un abismo entre Francia y Rusia, al quitar importancia á la amistad inglesa, ¿qué otro fin podía guiar al ministro prusiano que el de ofrecerse él mismo? Bismarck era maestro consumado en el arte de las indiscreciones inteligentes; y como en el momento de arrojar los primeros cebos hubiera temido comprometerse con exceso si hubiese dado forma directa á sus proposiciones, tomó ingeniosamente una línea oblicua, fingió estar dispuesto á las confidencias, y refiriendo una conversación que había tenido recientemente con sir Andrés Buchanam, ministro de Inglaterra en Berlín, insinuó todo lo que quería dar á entender. Según él, la Gran Bretaña, por conducto de su embajador, habíale amenazado con hacer grandes concesiones á la política francesa; pero este lenguaje no había producido efecto alguno en Bismarck, el cual, para demostrarlo, para dejar bien sentada su confianza, repitió extensamente todo lo que había replicado al diplomático británico: «Contesté á sir Buchanam, dijo, en los siguientes términos: Haríais mal en provocar á Napoleón á una política de aventuras. ¿Qué podéis ofrecerle en perspectiva? A lo sumo el permiso para hacer una guerra ruinosa y encarnizada con objeto de arrebatar las Provincias Renanas... Sin embargo, quien puede dar las Provincias Renanas á Francia es el que las posee, y el día en que sea preciso lanzarse á las aventuras, nosotros podemos mejor que nadie lanzarnos á ellas con Francia, comenzando, no por prometerle, sino por darle una garantía por su concurso. No deseamos ciertamente la perturbación de Europa; pero si Europa se ve perturbada, no somos de los que más perderemos en ello, de modo que aquella perspectiva no nos asusta.» El Sr. de Gramont escuchaba atento y sorprendido aquellas extrañas confidencias, hechas como al azar, en medio del relato de ajenas conversaciones y enlazándose en un artificioso descuido que había de permitir, según se presentarían las circunstancias, prevalecer de ellas ó desautorizarlas. ¿Qué habría podido contestar, cogido así de improviso y no conociendo las intenciones de su corte? Por esto se limitó á escuchar, pero á escuchar con cierta inquietud y temeroso de oír mal, tan extraordinario le parecía aquel lenguaje. En el despacho en que refiere aquella singular conversación, suspende el relato al llegar al

punto de la entrevista en que lo hemos dejado, y escribe: «Estas palabras son demasiado graves, señor ministro, para no detenerme en ellas un instante antes de continuar mi narración. ¿Pronunció el Sr. de Bismarck realmente esas palabras ante sir Andrés Buchanam? Ya comprenderá Vuestra Excelencia que no puedo asegurarlo; pero lo que sí puedo afirmar es que me las ha dicho á mí, por decirlo así, literal y textualmente, y que me las ha citado como respuesta suya al embajador de Inglaterra.» La conferencia se prolongó mucho rato todavía, entre lisonjas y halagos de todas clases. Bismarck anunció que el general De Roon, ministro de la Guerra, se disponía á partir para el campo de Chalóns, y dijo que el gobierno prusiano no dudaba de que Su Majestad le dispensaría amable acogida; pero añadió que Berlín agradecería mucho más que el emperador de los franceses se dignara designar á algún oficial general para que asistiera á las maniobras de otoño. «Y aun habría algo mejor, agregó después de una pausa, y sería que con ocasión de las maniobras se congregaran los tres emperadores... Esta reunión, prosiguió diciendo el primer ministro, extremando sus halagos y condensando en una sola frase su pensamiento, sería el *sueño dorado de mi rey.*» Después de tal efusión, todo lo demás habría sido superfluo: «De fijo van á creer que conspiramos,» dijo Bismarck, acercándose poco á poco á los demás convidados. Al día siguiente, el canciller partió de nuevo hacia el Norte, y Gramont, de regreso en Viena, consignó en una larga comunicación á su gobierno lo que acabamos de relatar (1).

Mientras el despacho de Gramont llegaba á París, el general De Roon, ministro de la Guerra, encaminábase hacia el campo de Chalóns. El rey le había dado personalmente sus instrucciones, y deseaba que la misión conservase su carácter militar: «Ha de servir sobre todo, añadía, para *documentar* nuestras intenciones amistosas.» Sin embargo, previendo el soberano el caso en que Napoleón llevara la conversación al terreno de la política, decía: «En este caso, debéis expresar al emperador de los franceses el deseo de ver que mis relaciones con él sean cada día más íntimas, más cordiales, pudiendo agregar á estas seguridades vuestras aspiraciones personales; pero (y en esto se manifestaba la reserva) guardaos bien de decir nada que el Austria no pueda saber, porque no tenemos la certeza de que vuestras palabras no serán repetidas en Viena.» El general De Roon aprovechó en gran manera su viaje: se detuvo en Nancy, en donde visitó los cuarteles y todo cuanto en aquella ciudad, entonces muy pacífica, podía interesar á un militar; y luego hizo una excursión rápida á Cherburgo, en donde se mostró tan curioso de las cosas navales como antes de las del ejército. En el campo de Chalóns Napoleón trató con toda clase de consideraciones al enviado y á todos sus oficiales; el príncipe Humberto, en cambio, que también asistía á las maniobras, fué, según dijo Roon, *insondable*. El emperador departió con el general sobre el armamento y en particular sobre la artillería alemana, «de la que habló como inteligente, aunque con cierta vacilación;» pero no se ocupó de política y únicamente murmuró algo de Inglaterra, como había hecho Bismarck en su reciente

(1) Correspondencia inédita del duque de Gramont.

entrevista con el Sr. de Gramont: «En ella, dijo, se encuentran grandes palabras y poca acción.» ¿Era una insinuación dirigida á otros que hablasen menos y obrasen más? El día 2 de septiembre, el general, al despedirse, fué presentado al príncipe imperial que tenía en sus manos infantiles el gran cordón de la Legión de Honor y se lo entregó muy afablemente. Roon encontró «encantadora» aquella atención. ¡Encantadora! Sí, lo era, en efecto; no se hubiera podido imaginar más delicioso aparato para un general francés victorioso. «Creo, escribía Roon al salir de Chalóns, que si nuestra misión ha tenido por objeto fortalecer las buenas relaciones, el éxito ha sido completo.» Lástima que al final de la misma carta haya una frase que disminuye algo la buena impresión del resto del documento: «Los franceses nos tienen en gran consideración; *cuanto más fuertes nos vean, más nos respetarán* (2).»

He mencionado el viaje del general Roon no por su importancia política, que fué muy poca, sino porque todos esos detalles pintan perfectamente los sentimientos de Napoleón y, sobre todo, las refinadas astucias de Prusia. Por otra parte, para lo relativo á política, no necesitaba entonces el gobierno de Berlín mensajeros oficiales, puesto que tenía en París un agente inmejorable para sus planes y que no necesitaba suplentes.

Se llamaba conde de Goltz, nombre que pasará á la posteridad; fué uno de los más hábiles servidores de su patria y uno de los mayores enemigos de la nuestra, y hacía dos años que estaba acreditado en París. El rasgo dominante de su carácter era una asombrosa perspicacia, y esta facultad resultaba tanto más peligrosa cuanto que se disimulaba bajo ciertas apariencias de bondadosa sencillez y que para mejor apoderarse de nuestros secretos fingía primeramente entregar los suyos. Su principal labor había sido observar desde su origen y seguir en su desarrollo las diversas corrientes que nacían en las Tullerías, en el Palais Royal, en el muelle de Orsay y que, descendiendo de allí como de su fuente, trataban de arrastrar en sentido contrario la política imperial. A fines de 1864, la confusión reinante en la política francesa habíase exteriorizado en un nombramiento singular: el Sr. Drouyn de Lhuys, aquel amigo del Austria, aquel partidario de las ideas conservadoras, había designado para la embajada de Berlín al Sr. Benedetti, hombre de talento distinguido, pero aferrado á las opiniones contrarias á las del ministro. Si las circunstancias llegaban á ser graves, ¡qué estrecha comunión de ideas, qué íntimo acuerdo podía establecerse entre dos agentes de miras tan dispares! ¿No se perdería el beneficio de ambas políticas pasando alternativamente de una á otra? Y entre las ceremoniosas desconfianzas del ministro y del embajador, ¡cuántas ocasiones no se ofrecerían á Prusia para insinuarse! El enviado prusiano, que había comprendido bien aquella confusión y adivinado que había de ser mayor cada día, completó todos sus medios de información procurando inteligencias en la prensa y multiplicando sus relaciones en la corte, después de lo cual, elevándose por encima de todas las influencias secundarias, llegó hasta el emperador y acometió la audaz empresa de en-

(2) Véase *Denkwürdigkeiten aus dem Leben des General Grafen von Roon*, tomo II, págs. 269 y siguientes.

cerrarle en sus redes. El mejor medio de conquistar á Napoleón era llamarse discípulo suyo; y el Sr. de Goltz recogió todos los aforismos que de los labios del soberano salían, fingió tomarle por maestro y finalmente le repitió sus propias palabras, sin tomarse casi la molestia de quitarles la marca de origen. La astucia tuvo un éxito completo y Napoleón tuvo por hombre de talento claro y por político profundo al que le devolvía el eco de sus pensamientos. Así engendröse un favor llamado á crecer de día en día: el embajador formaba parte de todas las fiestas, y su condición de extranjero, lejos de inspirar reserva, parecía un motivo más para no ocultarle nada. A veces, en medio de las brillantes recepciones imperiales, el Sr. de Goltz parecía perplejo y ensimismado: ¿qué era lo que saboreaba más, el genio del emperador ó la belleza de la emperatriz? Gracias á esta oportuna admiración, se consolidó la consideración de que gozaba. A su lado, el ministro de Italia, Sr. Nigra, hacía lo mismo que él, de suerte que el pobre emperador había de verse envuelto en una doble intriga de adulaciones y de sofismas, á la que no le sería dado substraerse. A principios de 1865, es decir, un año antes de Sadowa, todavía duraban esos disimulados manejos; pero el Sr. de Goltz era ya uno de los hombres más admirados en sociedad, y como diplomático era uno de los más aptos para triunfar allí donde otros seguramente fracasarían.

Este personaje, tan listo, tan atento observador de las cosas francesas, demostró, al parecer, mayor audacia que el mismo Bismarck, pues mientras éste apelaba á mil procedimientos que prepararan la acción común, pero todavía rechazaba ó aplazaba todo lo que pudiese significar un compromiso, el Sr. de Goltz, adelantándose á su jefe, no estaba lejos de creer que había llegado el momento de unirse á la corte de las Tullerías, aconsejaba á su gobierno una inteligencia general ante futuras eventualidades, y hacía observar que si se quería una avenencia, más valía apresurarla que retrasarla, porque después de una ruptura con Austria, Francia se haría pagar más cara su cooperación. Bismarck no profesaba gran afecto al Sr. de Goltz á quien conceptuaba más independiente de lo que debe ser un subordinado y en quien sospechaba un adversario y acaso un rival. Mas, á pesar de estas desconfianzas, ¡cuán valiosas eran aquellas informaciones! No obstante, el primer ministro habría de contar con las vacilaciones del rey, con las repugnancias de la corte y con la oposición de los ultrac conservadores. La alianza con Austria era muy reciente, y aunque en extremo frágil, todavía no había sido denunciada; es más, todavía se hacían ambas potencias recíprocas protestas oficiales de amistad. Pactar entonces una nueva alianza y precisamente contra Austria, era jugar demasiado cínicamente con dos barajas, lo que, descubierto tarde ó temprano, redundaría en perjuicio del jugador. En un curioso despacho de 20 de febrero de 1865 dirigido al Sr. de Goltz, Bismarck expuso las razones que le movían á retardar el paso decisivo: «Si las negociaciones que Vuestra Excelencia propone diesen buen resultado, el término de las mismas habría de ser un convenio en buena y debida forma; y este tratado, ¿no tendría, por ventura, más inconvenientes que ventajas?» El presidente del Consejo, suponiendo que el emperador abrigaba segundas intenciones, y

muy refinadas, temía que, una vez firmado el convenio, la corte de las Tullerías cediera á la tentación de revelararlo, después de lo cual Prusia, desacreditada á los ojos de Rusia y de Inglaterra y sospechosa á los ojos de Alemania, no contaría con más apoyo que con el de Francia y se hallaría á merced de ésta. Y añadía con curiosa franqueza y á fuer de hombre que no se hace ilusiones: «Francia se volvería contra nosotros así que sus intereses lo exigieran, y nosotros haríamos otro tanto en cuanto se presentara una ocasión.» ¿Quería esto decir que el primer ministro rechazaba la alianza francesa? De ser esto cierto, su inconsecuencia habría sido grande, puesto que todos sus amables procedimientos,



El conde de Goltz

todas sus insinuaciones tendían á facilitarla. Lo que quería Prusia, decía, era la adquisición íntegra de los ducados, bien por medio de anexión directa, bien por una especie de mediatización que á ella equivaliese. Que Austria rehusara esta solución, esta *solución equitativa*, como decía el hombre de Estado prusiano, y aquel mismo día la alianza francesa se convertiría en *áncora de salvación* (1).

IV

Mientras Bismarck preparaba la alianza italiana y se aproximaba á Napoleón, aunque con alternativas de desconfianza, agravábase la contienda entre Berlín y Viena y se agravaba lentamente, á la manera alemana, es decir, en medio de toda clase de notas, contranotas y memorándums. De entre estos documentos cancillerescos, llenos de argucias y de sutilezas y más parecidos á disertaciones de procurador que á papeles políticos, surgía á veces algún despacho más enérgico que

(1) Despacho de Bismarck al Sr. de Goltz, de 20 de febrero de 1865. (Véase Sybel, *Die Begründung des deutschen Reiches durch Wilhelm I.*, tomo IV, págs. 73 y sig.)